

LA DINÁMICA INTERNACIONAL

José CEPEDA GÓMEZ
Catedrático de Historia Moderna
Universidad Complutense de Madrid

En el análisis que hizo para explicar las principales coordenadas del mundo occidental cuando Carlos III accede al trono de España, Vicente Palacio Atard (1) establecía tres grandes puntos de atención:

- 1.º Descomposición del equilibrio americano con el crecimiento de Gran Bretaña a costa del declive de Francia, constatable con la pérdida del primer imperio colonial francés en América —Canadá pasa a ser británico.
- 2.º Tensión interna en Alemania, suscitada por el talento político de Federico II de Prusia y su fuerza militar y económica, a la vez que empieza a decaer la vieja Austria de los Habsburgo. La necesidad de acercamiento a Francia por parte de Viena conducirá a la «reversión de alianzas» de 1756, un cambio en los ejes diplomáticos fundamentales de Europa. Desde esas fechas hasta siglo y medio después, Gran Bretaña se aliara a Prusia, al tiempo que Viena pactará con París.
- 3.º Atardecer en Oriente. Desde los años sesenta y setenta del siglo XVIII se perfila en el horizonte la puesta de sol del gran imperio otomano —aunque su ocaso sea lento y tarde muchas décadas en oscurecerse definitivamente—, y las cancillerías europeas comienzan a maniobrar para situarse en los escenarios balcánicos tras la retirada de Turquía, el «enfermo de Europa». Al acecho están Austria y Rusia.

Dos de esas tres grandes coordenadas tienen al mar como escenario indiscutible, de tal modo que el protagonismo de los océanos en la vida política y económica del siglo XVIII es absoluto. Por ello, también la España de Carlos III mantiene la preocupación por el mar, continuando la política iniciada en los reinados de Felipe V y Fernando VI, que tuvo en Alberoni, Patiño y el marqués de la Ensenada a sus ejemplos más preclaros. Construcciones navales, estudios náuticos, pesquerías, reglamentaciones, comercio marítimo, reclutamiento de marinería..., todo se estudia, se regula con más o menos acierto. El mar, para los hombres del siglo XVIII, debía ser nuestro amigo y aliado. España, Gran Bretaña, Portugal y Francia seguían siendo las más importantes potencias coloniales del mundo; no solo extendían sus territorios a ambos lados del Atlántico, sino que dominaban otras zonas estratégicas de los demás océanos.

(1) PALACIO ATARD, Vicente: *El Tercer Pacto de Familia*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1945.

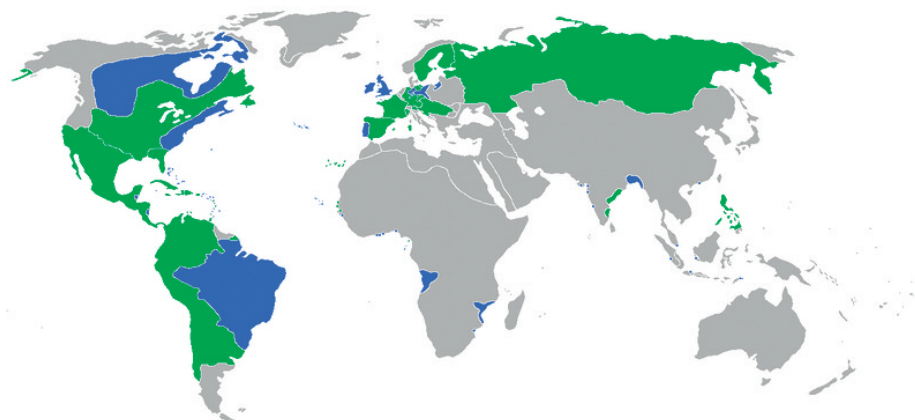
Las principales líneas estratégicas de España están en ambos mares: Atlántico y Mediterráneo. Tiene intereses en este tanto en la península italiana como en el norte de África, y también debe preocuparse por lo que sucederá cuando desaparezca el poder de Estambul, que controla —al menos teóricamente— toda la fachada mediterránea de África hasta los límites actuales entre Argelia y Marruecos. No obstante, la principal preocupación española durante el reinado de Carlos III es el Atlántico, esto es, América.

Como bien sabemos, los llamados Pactos de Familia no fueron nunca una consecuencia de la relación de parentesco entre las cortes de París y de Madrid. No hubo nunca ni simpatía ni confianza entre políticos españoles y políticos franceses. Estos seguían mirándonos a menudo con suficiencia y desdén, considerando a España una potencia de menor rango. Más aún, esa negativa imagen de España aumentó con el paso de los años. Para los ilustrados franceses, no podía esperarse nada bueno de nuestra nación, reducto del oscurantismo y anclada en un abominable pasado. Es de sobra conocido el enorme disgusto que provocó entre los españoles el artículo que dedicaba a España una de las enciclopedias publicadas en el país vecino precisamente durante el reinado de Carlos III. En esa obra, Masson de Morvilliers era tan injusto como tajante: ¿qué le debía Europa a España después de dos, cuatro, seis siglos? ¡Nada! Esta muestra puede ayudarnos a comprender que, al igual que los cortesanos de Felipe V y Fernando VI, los ministros de Carlos III sabían perfectamente que París no les quería ni les valoraba; solo utilizaba a España cuando le era útil su ejército, su marina o su geografía. Los gobernantes carolinos eran conscientes de que, en toda alianza desigual, el más fuerte acaba por olvidarse, a veces, de sus obligaciones pactadas cuando el aliado exige su ayuda. En definitiva, Carlos III seguirá el pragmático camino de atender a los intereses estratégicos, económicos y políticos de España, al margen de quién ocupase el trono de Francia. Tal sucederá durante el reinado de Carlos IV, en el que, tras un pequeño paréntesis de enfrentamiento bélico, la monarquía borbónica de Madrid se convertirá en el primer aliado de la Francia revolucionaria.

Así debe entenderse el tercer Pacto de Familia, firmado por el marqués de Grimaldi (genovés al servicio de España) y el duque de Choiseul, hombre fuerte del rey Luis XV, y que se rubrica por los plenipotenciarios de Carlos III y de Luis XV en agosto de 1761, cuando la Guerra de los Siete Años lleva en marcha desde 1756.

De nuevo en Guerra. El conflicto de los Siete Años (1756-1763)

En la Guerra de los Siete Años —verdadero conflicto a escala mundial si consideramos los territorios de los países implicados en ella y si tenemos en cuenta que se combatió en Asia, en América y en Europa—, un bloque estuvo formado por Gran Bretaña, Hannover, Prusia y Portugal. Enfrente se alineaban Francia, Austria, Rusia, Suecia, Sajonia y, desde 1761, España.



Situación de los bloques en conflicto durante la Guerra de los Siete Años.

La entrada de España en ese conflicto, cuando las armas francesas estaban en franco retroceso, ha sido considerado un error gravísimo de Carlos III, precisamente porque la superioridad de los ejércitos y, sobre todo, de la marina británica se había puesto de manifiesto en todos los océanos y continentes, desde la India hasta Europa, pasando por las otras Indias, las de América. De hecho, cuando Carlos III se decide a intervenir se está poniendo fin al primer imperio colonial francés. Pero, aun siendo esto verdad, no es menos cierto que los ingleses llevaban varios años atacando sistemáticamente a los barcos españoles y ocupando territorios de nuestras colonias con total impunidad y sin atender a las reclamaciones de nuestro embajador en Londres. Además, estaba en juego el mapa colonial. Hasta 1756, en el norte de América había tres potencias europeas: Gran Bretaña, Francia y España. De ellas, la América francesa estaba en trance de desaparecer, con lo que las colonias españolas pasarían a ser limítrofes con las británicas a lo largo de miles de kilómetros. Había también fricciones constantes por el contrabando inglés en el Caribe; por los establecimientos ilegales de los británicos en la costa de Honduras/Belice en busca del palo campeche (del que extraían un tinte para sus fábricas de algodón), y por las dificultades que ponían sus autoridades a los pescadores españoles que trataban de faenar en los bancos de Terranova. Y, en el fondo de todo esto, latía la permanente cuestión de Menorca y Gibraltar. Por todas estas razones, España, según el rey Carlos III, no podía permanecer al margen de ese conflicto.

El rey de España había ofrecido, desde que llegara al trono en 1759, sus oficios de mediación entre las dos cortes en guerra. Pero el ofrecimiento español fue rechazado por Inglaterra, que había obtenido ya la resonante victoria del general Wolfe en Canadá y hacía sucumbir en todos los frentes a los ejércitos de Francia. Cuando se firmó el tratado hispanofrancés (París, verano de 1761), el embajador británico trató de hacer cambiar de opinión a la corte de

Madrid, al tiempo que intentaba enterarse de los artículos secretos del tercer Pacto de Familia. Mientras esos meses transcurrían, se daban órdenes para aprestar barcos y fortificar plazas fuertes tanto por parte española como por parte inglesa. Por fin, Gran Bretaña declara la guerra a España en enero de 1762. En Londres, William Pitt el Viejo dirigía la política del nuevo rey Jorge III; en Madrid, ocupaban las secretarías más importantes Ricardo Wall (Estado y Guerra) y Julián de Arriaga (Marina e Indias).

El desarrollo de la guerra fue desastroso para los Borbones. En lo que se refiere a España, las derrotas más graves tuvieron lugar en La Habana y Manila. La operación que terminó con la captura de la capital de Cuba y sus alrededores requirió la movilización de una imponente escuadra de más de 180 velas y 10.000 soldados de desembarco, mandados por el almirante George Pockock y el general George Keppel, conde de Albemarle. Este contingente salió de Jamaica en 22 buques de línea, cuatro de 50 cañones, tres de 40, 12 cañoneras, una partida de buques de transporte e, incluso, varios barcos hospital. La Habana era tenida por inexpugnable gracias a sus defensas de El Morro y a otros bastiones. Era, además, una ciudad muy poblada, con más habitantes que Filadelfia, Boston o Nueva York, las mayores del subcontinente norteamericano. Desde luego, a los invasores no les fue fácil conquistar la capital de la Perla de las Antillas. Tras desembarcar el 7 de junio de 1762, necesitaron recibir refuerzos venidos de las colonias de Norteamérica para izar, el 29 de julio, su bandera en el fuerte que domina la ciudad. La defensa fue llevada hasta el final por el capitán de navío Luis de Velasco, que murió en el combate y al que ayudaron muchos vecinos encuadrados en milicias. Unos días después, el 12 de agosto, La Habana se rendía a los ingleses, mientras los españoles trasladaban la capital a Santiago de Cuba, porque la ocupación se circunscribió al área de La Habana. El botín obtenido fue enorme, y la presencia británica, aunque breve, resultaría muy importante para la isla en el futuro, pues los ocupantes incentivaron el cultivo de la caña de azúcar y del tabaco.

Por esas mismas fechas, otra expedición más pequeña se dirigía a Manila desde Madrás (India), mandada por el almirante Cornish. En sus ocho buques de línea y tres fragatas iban 1.700 soldados con la intención de ocupar esa mal defendida ciudad española en Asia. El 23 de septiembre de 1762 ocuparon la capital filipina y los alrededores. Tales noticias, que llegaron muchas semanas después a Europa, forzaron a los gobernantes españoles a aceptar la paz.

En esta guerra, los únicos éxitos militares de los Borbones se dieron en el Río de la Plata, donde el gobernador, Pedro de Cevallos, logró ocupar a los portugueses la disputada Colonia de Sacramento (noviembre de 1762). Lisboa no había aceptado el ultimátum dado por Francia y España para que cerrase sus puertos a los barcos británicos, y Madrid declaró la guerra al país vecino. Esta contienda ibérica se desarrolló en América del Sur, pero también en la raya fronteriza. Los ataques españoles fracasaron ante la buena defensa portuguesa. El conde de Aranda, futuro estadista español, no demostró la menor competencia militar dirigiendo el ejército de Carlos III en esta campaña.



Consecuencias del tratado de París de 1763. América del Norte en 1756 (izqda.) y 1763 (dcha).

La paz de París (10 de febrero de 1763) puso fin a ese conflicto, de grandes consecuencias en Europa y en las colonias, del que Prusia saldrá como potencia europea. Sin entrar en lo que significó para otros países europeos implicados, podemos resumir el resultado que para los Borbones trajo esa paz de esta guisa: Francia perdió casi toda la India, Canadá, varias islas del Caribe y el Senegal; España no logró ninguno de sus objetivos iniciales (reconquistar Gibraltar y Menorca), pero sí recuperó La Habana y Manila, porque los ingleses devolvieron esas capturas a cambio de las Floridas. Además, se vio obligada a devolver a Portugal la disputadísima Colonia de Sacramento, ocupada militarmente poco antes, aunque recibió de Luis XV la inmensa Luisiana francesa (el valle del Misisipí, desde San Luis hasta Nueva Orleans).

El gesto no obedecía a la pura generosidad; Francia no podía mantener esos grandes espacios tras haber perdido Canadá, y España recibía un regalo inmenso pero envenenado. La mayoría de sus colonos de origen francés aceptaron de mal grado el cambio de soberanía y, por si fuese poco, eran muchos los hombres procedentes de las Trece Colonias británicas que se adentraban en esas tierras, nominalmente españolas, atravesando unas fronteras imposibles de fijar en territorios de tanta vastedad —durante medio siglo, el imperio hispánico compartió miles de kilómetros de frontera con los ingleses, primero, y con los norteamericanos, después.

La presión demográfica en la América atlántica, desde Georgia hasta Nueva Inglaterra, era muy fuerte, espectacular, en esas décadas centrales del siglo XVIII, y sus habitantes se adentraban hacia el interior del continente con

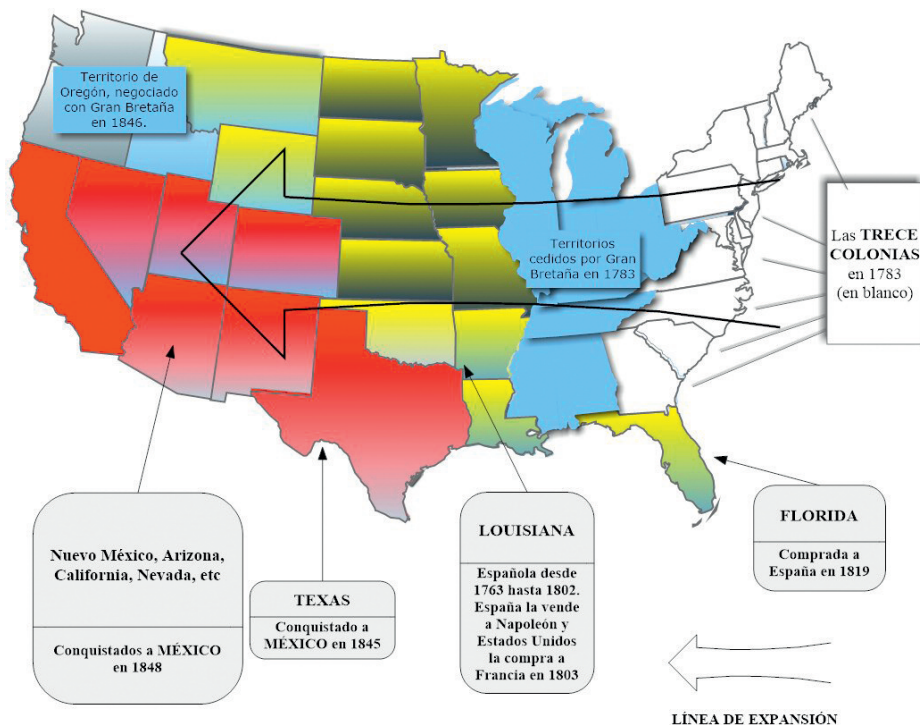
dirección al oeste. De hecho, la Guerra de los Siete Años había comenzado en América por las múltiples fricciones entre los colonos británicos y los franceses en el valle del Ohio, en la Virginia occidental y en las demás zonas limítrofes entre las colonias de París y las de Londres. Desaparecida Francia, Gran Bretaña y España quedaban a solas frente a frente. Y en esos espacios norteamericanos era manifiesta la diferencia cuantitativa entre una notable fuerza demográfica que buscaba la expansión para lograr tierras de asentamiento, y una escasa población con dificultades incluso para poblar convenientemente esos territorios inmensos. Uno de los primeros objetivos de los colonos ingleses y de los recién independizados norteamericanos será conseguir lo que ellos llamaban el «derecho a la libre navegación por el Misisipí», frase tras cuya aparente asepsia jurídica se escondía un claro deseo expansionista.

La perspectiva histórica nos permite ver cómo a mediados del siglo XVIII se inicia un imparable proceso de ocupación de tierras por parte de los «americanos» de las riberas del Atlántico, que se dirigen hacia el oeste del subcontinente y acabarán, un siglo después, en las costas del océano Pacífico. Los obstáculos a esa expansión serán, sucesivamente, los colonos franceses, los colonos españoles, los mejicanos y, siempre, los nativos. Pero los blancos que hablaban inglés acabarán por ocupar todo el espacio que hay entre Boston y San Francisco en poco más de cien años. En ese tiempo, España fue durante muchas décadas el único Estado que se interponía en el camino de los norteamericanos. Por eso, para Carlos III era un regalo envenenado la cesión francesa de la Luisiana, si bien es verdad que durante los cuarenta años finales del siglo XVIII, en los que la Luisiana formó parte del imperio español, Carlos III y Carlos IV reinaron sobre más de 16 millones de kilómetros cuadrados, una extensión nunca antes igualada.

La falta de tensiones graves con Gran Bretaña en los años siguientes a la firma de la paz se aprovecharon para fortalecer la Real Armada, con vistas a lo cual se construyeron varios navíos que acabarán por formar una aceptable marina de guerra, tercera en importancia tras la británica y la francesa.

La relativa paz se mantuvo hasta que estalló un incidente a causa del desembarco británico en las islas Malvinas en 1765, frente a las costas de Argentina, lugar estratégico por hallarse en la encrucijada Atlántico-estrecho de Magallanes/cabo de Hornos-Pacífico. Estas islas, descubiertas en la primera mitad del siglo XVI por los españoles, venían siendo visitadas por diversos marinos y pescadores de diferentes países europeos, entre ellos algunos franceses de Saint-Malo, de donde deriva el topónimo (Maluinas/Malvinas). Pero en el archipiélago no hubo ningún asentamiento permanente hasta 1764, año en que Bougainville puso pie en una de sus islas. Poco después llegaron los ingleses. Al saberse en Buenos Aires, el gobierno de Madrid protesta ante Francia, que acepta la soberanía de España y se retira, y ante Gran Bretaña, que por el contrario no hace caso de la exigencia del gobierno de Carlos III y mantiene a sus hombres en las islas. Una expedición enviada desde Buenos Aires expulsó inicialmente a los ingleses (1770), pero Londres amenazó con la guerra y Francia no consideró el contencioso por ese archipiélago del Atlán-

EXPANSIÓN TERRITORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS



tico sur suficientemente importante para ir a la guerra en cumplimiento de lo estipulado en el Pacto de Familia. España se sintió de nuevo defraudada, y las relaciones entre Madrid y París se enfriaron. Las tropas enviadas desde la ciudad del Plata hubieron de retirarse en 1771, permitiendo a los británicos asentarse en lo que ellos llaman Fackland Islands, aunque con la promesa secreta de que abandonarían las islas, cosa que hicieron tres años después.

No fue este el único incidente en esa década que tuvo por escenario la estratégica región del suroeste atlántico. El nombre de Sacramento volverá a aparecer entre las preocupaciones diplomáticas y militares de Madrid. Desde el recién creado virreinato de Buenos Aires (instituido en 1776) se organiza la reconquista de esa plaza, que se asoma a la orilla norte del Río de la Plata y de la que Pedro de Cevallos logra expulsar a los portugueses en junio de 1777. Esta vez será la definitiva, porque en el tratado de San Ildefonso (11 de octubre de 1777) el rey Carlos III conseguirá lo que no habían logrado ni Carlos II de Habsburgo, ni Felipe V, ni Fernando VI: el reconocimiento de la soberanía de España sobre la margen izquierda del estuario rioplatense, la Banda Oriental (el futuro Uruguay). Madrid cedía a Portugal/Brasil las Misiones Orientales y los territorios de las riberas del río Yacuby, Matto Grosso, Guayrá y Río

Grande. Este tratado ha tenido una importancia trascendental para el continente porque serviría, en el primer cuarto del siglo XIX, y en el marco de los procesos de independencia de aquellas colonias portuguesas y españolas, de línea fronteriza de demarcación entre las repúblicas de habla española y Brasil. Meses después se firmaba otro acuerdo de amistad y comercio entre ambas naciones ibéricas por el que Portugal cedía a España las islas de Fernando Poo y Annobón, en el golfo de Guinea. El clima de entendimiento luso-español se mantendría hasta comienzos del siglo XIX, propiciado por la reciente muerte del rey José I, la desaparición de la escena política portuguesa del probritánico y todopoderoso ministro marqués de Pombal, y la llegada a la Secretaría de Estado en Madrid del conde de Floridablanca. También ayudó a esa pequeña «luna de miel» ibérica la influencia ejercida en Lisboa por la reina viuda, María Victoria de Borbón, hermana de Carlos III. Al gobierno británico no le hizo ninguna gracia ese clima de buena vecindad entre su viejo aliado portugués y su secular enemigo español.

La primera guerra de emancipación colonial. España y el nacimiento de los Estados Unidos

La verdadera revancha española contra Londres llegó con motivo de la guerra de independencia de las colonias inglesas en Norteamérica. El 6 de febrero de 1778 Franklin firmó, en nombre del Congreso Continental, un tratado de comercio y alianza con la Monarquía francesa por el que esta apoyaba la independencia de los Estados Unidos. En lógica respuesta, el gobierno inglés, presidido por lord North, declaró la guerra a Versalles (14 de junio de 1778). El conflicto se internacionalizaba, y por añadidura los buenos oficios de Vergennes lograban involucrar en él también a Carlos III de Borbón, rey de España, que el 12 de abril de 1779 firmaba el tratado de Aranjuez, por el que se ratificaba el tercer Pacto de Familia, signado dieciocho años antes entre las dos coronas borbónicas. Aunque el embajador español en Francia, el conde de Aranda, que conoció personalmente a Franklin, era un decidido partidario de romper relaciones con Londres y entrar en la guerra, en Madrid se debatió concienzudamente qué decisión tomar al respecto. Frente al unánime espíritu de venganza contra los británicos por la derrota de 1763, se levantaban las voces de quienes auguraban malos vientos para el comercio entre la Península y la América hispana en caso de declararse el conflicto, y las de aquellos que manifestaban honda preocupación por lo que tendría de mal ejemplo en otras latitudes americanas se inicia —las Indias españolas— la actitud de los rebeldes antibritánicos. No fueron pocos quienes predijeron acertadamente que ayudar a unos colonos a conseguir su libertad e independencia de una Monarquía europea, aunque fuera la británica, era un error fatal que se volvería pronto contra España. Alguno llegó a percatarse de que los norteamericanos, si accedían a la independencia, serían nuestros mayores rivales en el futuro, porque continuarían la presión que venían ejerciendo secularmente los británicos en el Caribe (Cuba,

Puerto Rico, Honduras) y todo a lo largo de la extensísima «nueva» frontera hispano-norteamericana que resultaría de su victoria. Recordemos que esta línea divisoria comenzaba en el Atlántico, en la península de Florida, continuaba por la «Panzacola» (la Florida continental, ribereña del golfo de México) y se extendía a lo largo del inmenso valle del Misisipí —conocido entonces por la Luisiana—, para terminar en el Canadá. Eran más de 6.000 kilómetros que la Monarquía española habría de vigilar para controlar las apetencias expansivas de los norteamericanos, que ya las habían exteriorizado suficientemente reclamando Florida y el derecho de navegación por el gran río (2).

Durante los primeros meses de la guerra, España, cuyo secretario de Estado, Grimaldi, era poco inclinado a la intervención, contemporizó con los rebeldes enviándoles subrepticamente dinero y armas; pero cuando, en 1777, Arthur Lee, emisario del Congreso Continental y compañero de misión de Franklin, llegó a España, quien le recibió no fue el rey en Madrid, sino el recién destituido Grimaldi, que le dio largas en una entrevista en Burgos asegurándole que las ayudas, aunque discretas, no se interrumpirían a pesar de las protestas de Londres. Al final, con Floridablanca en la Secretaría de Estado, y tras unos intentos diplomáticos fallidos mediante los que España, que ansiaba ante todo recuperar Gibraltar y Menorca, se ofrecía como mediadora del conflicto entre Francia, los sublevados y los ingleses, SMC Carlos III entró en guerra contra Jorge III (16 de junio de 1779), un año después de haberlo hecho Luis XVI.

La principal modificación acaecida con la entrada en la contienda de Francia y España viene dada por la necesidad del gabinete de guerra de Londres de concentrar una parte considerable de sus fuerzas navales y terrestres en torno a las islas británicas, Gibraltar y Menorca, para hacer frente a un previsible intento de desembarco borbónico. De este modo, se desguarnecían las costas americanas y se menguaban los efectivos a disposición de los generales ingleses en las Trece Colonias.

A la larga, la victoria final de los independentistas llegó porque Gran Bretaña no pudo concentrar todo el esfuerzo bélico en los territorios rebeldes

(2) Recojo en el apéndice el célebre «Dictamen reservado» que el conde de Aranda dio al rey Carlos III sobre la independencia de las colonias inglesas después de firmado el tratado de paz ajustado en París en el año 1783. Muchos historiadores de renombre vienen aceptando este Dictamen como auténtico y redactado por el conde de Aranda en 1783. Pero autores hubo ya en el siglo XIX que pusieron en duda la autoría y la fecha del documento, entre otros Ferrer del Río. Llegó a atribuirse a Godoy o a algún exiliado español en la Francia de la restauración posnapoleónica. Pero han sido muchos más los que han aceptado esa «premonición» de Aranda.

Ahora bien, muy recientemente, el profesor José María Escudero ha dedicado más de doscientas páginas a cuestionar, rotundamente, la autoría de Aranda. En sus consideraciones finales da «por descontado que Aranda no pudo escribir el Memorial de 1783, y (...) no tenemos noticias de él hasta el manuscrito de Morant-Infantado, de 1825» (p. 210). Véase ESCUDERO, José Antonio: *El supuesto memorial del conde de Aranda sobre la Independencia de América*. UNAM (Biblioteca Jurídica Virtual), México, 2014.

La edición digital en <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3637>

y acabó enfrentada a medio mundo. Primero, a Francia; luego, a España; a continuación, a otros países europeos, como las Provincias Unidas, que comerciaban con los americanos y a las que Gran Bretaña declaró la guerra en diciembre de 1780; y, por último, a las naciones reunidas por Catalina II en la «Liga de Neutralidad Armada» (Rusia, Suecia y Dinamarca, primero, y más tarde el propio Portugal, pese a su anglofilia).

Pero fue la participación de Francia y España lo que resultó fundamental para el éxito de los independentistas. El apoyo de París fue, sin duda, más abierto y oficial que el de Madrid, obligada España como estaba a no reconocer oficialmente a los norteamericanos, para no aplaudir una rebelión, y a simular que su participación en el conflicto venía obligada exclusivamente por su alianza con Francia. Pero, prescindiendo de las apariencias, España entregó a los rebeldes millones de reales en préstamos y gastó otros muchos en las operaciones militares. Sin embargo, esta doblez formal resultó ineficaz, porque no se rentabilizó la ayuda prestada. Mientras que Versalles firmó públicamente tratados con los embajadores de los rebeldes, por lo que su actitud ha sido reconocida con agradecimiento por el pueblo de los Estados Unidos desde hace dos siglos, no sucede lo mismo con España, por la que los norteamericanos no muestran el mismo sentimiento de gratitud, pese a que nuestra colaboración fue, también, decisiva. Y en cualquier caso, si bien es verdad que la Monarquía de Carlos III participó en la guerra menos para ayudar a unos colonos sublevados contra su rey que para atacar al viejo rival inglés, tampoco el absolutista Luis XVI actuaba altruistamente. Los intereses de Francia y de España eran los que estaban en juego y los que decidieron a ambos déspotas ilustrados a intervenir en su defensa, aunque los franceses hayan sabido ofrecer una imagen notablemente más idealizada de su participación en esta lucha de los norteamericanos por la libertad.

España combatió contra los ingleses en sus zonas limítrofes en América de Norte con las Trece Colonias, en el Caribe, en el Atlántico y en el Mediterráneo. En 1779, año de la entrada española en guerra, las principales acciones se dieron en lugares alejados de los territorios coloniales británicos. El gobernador de la Luisiana española, Bernardo de Gálvez, inició sus ataques en la zona de la desembocadura del Misisipí, continuándolos con éxito por la Panzacola y la Florida continental durante los dos años siguientes. Su padre, Matías de Gálvez, también lograba triunfos sobre los ingleses y les expulsaba de sus asentamientos en Honduras. Las Reales Marinas borbónicas amagaban sobre las mismísimas costas del sur y el este de Inglaterra, y comenzaba el largo asedio de Gibraltar.

Aunque ninguna de las operaciones de 1779 fue de por sí definitiva, la diversidad de frentes a que había de acudir la Royal Navy y los ejércitos británicos empezaron a agotar sus recursos y a mostrar su incapacidad para vencer en la guerra. En los años sucesivos, las acciones bélicas siguieron teniendo por escenario tanto América como Europa y sus mares circundantes, acciones entre las que son de destacar, para España, la recuperación de la isla de Menorca en 1782 por un ejército hispanofrancés mandado por el duque de

Crillón, y el fracaso de los intentos efectuados para reconquistar Gibraltar, en los que se gastaron inmensos recursos, se proyectaron artilugios militares que se pretendían definitivos y se depositaron enormes esperanzas que se vieron de nuevo defraudadas.

A partir de la victoria franco-norteamericana de Yorktown (octubre de 1781), la posición inglesa en la guerra comenzó a ser insostenible, aunque hubo todavía alguna gran victoria británica, como la defensa de Gibraltar o la gravísima derrota del almirante De Grasse en la Dominica (abril de 1782). Con su triunfo en esta isla caribeña sobre la flota francesa, el almirante Rodney impidió el proyectado ataque francoespañol contra Jamaica. Pero Londres, agotado y desconfiando de la vía de las armas, consciente de que tenía frente a sí a casi todas las potencias, buscó la paz. Y coincidió en este empeño con los norteamericanos. Estos, intuyendo que Francia y España, en pro de sus intereses, querían continuar la guerra, antepusieron los suyos y, traicionando la palabra dada por Franklin, iniciaron conversaciones de paz con los ingleses, con quienes llegaron a un acuerdo que ponía fin a las hostilidades.

El 30 de noviembre de 1782 Londres reconocía la independencia de los Estados Unidos. En los meses sucesivos, las potencias europeas implicadas en el conflicto entablarían negociaciones multilaterales que culminarían en la paz de Versalles (3 de septiembre de 1783), suscrita por Gran Bretaña, España, Francia y las Provincias Unidas. En su virtud, Francia e Inglaterra se intercambiaban los territorios capturados durante la guerra en la India, el Caribe, Senegal y el Atlántico norte, en tanto que España recuperaba Menorca y las Floridas y restringía el acceso de Inglaterra a la costa de Honduras, pero no lograba Gibraltar, su principal objetivo.

Dejó esa guerra otra secuela importantísima: acentuar los graves problemas hacendísticos en Francia, que obligarán a la monarquía de Luis XVI a buscar fórmulas con que enjugar la deuda y a convocar a los representantes del pueblo francés, sucesos ambos que estarán en la raíz de los acontecimientos que llamamos Revolución francesa (3).

(3) Otro capítulo interesante de la política internacional de Carlos III tendrá un escenario poco habitual hasta entonces: las relaciones diplomáticas con el sultán de Marruecos. En dos ocasiones se firmaron tratados entre los soberanos de Marruecos y de España: en 1767 y en 1780; en ambas estaba, de fondo, el problema de la pesca. Porque España, ya entonces, era una gran potencia pesquera y necesitaba faenar en las aguas atlánticas marroquíes. Aparte de ello, el intercambio de productos entre ambas orillas del Mediterráneo era importante, y se incrementó en ese siglo XVIII, aunque a veces surgían conflictos como los ataques de 1774 contra Melilla y el peñón de Vélez.

En este marco de las relaciones de la España de Carlos III con países musulmanes, hay que mencionar los varios ataques que la Marina Real lanzó contra Argel, refugio de naves piratas que entorpecían sistemáticamente el comercio español. El más importante en este siglo XVIII fue el del verano de 1775, cuando una poderosa escuadra que transportaba a las numerosas tropas del general O'Reilly cosechó un sonoro fracaso que tuvo muchas repercusiones en España; entre otras, el declive político de Grimaldi, que había proyectado esa operación y quien meses después sería sustituido por Floridablanca. En años posteriores se cambió de táctica y, en

APÉNDICE (4)

Certero análisis acerca del futuro de los Estados Unidos y de las colonias españolas en América. Es atribuido por la mayoría de los historiadores al conde de Aranda —aunque hay discrepancias al respecto. Y así, recientemente, José Antonio Escudero ha publicado un trabajo que refuta la autoría de Aranda.

Memoria secreta presentada al rey de España por el conde de Aranda sobre la independencia de las colonias inglesas después de haber firmado el Tratado de París de 1783. (No es el «Dictamen» completo).

(B.N., Manuscritos, 12966/33)

«Señor:

»El amor que profeso a V. M., el justo reconocimiento a las honras con que me ha distinguido y el afecto que tengo a mi Patria me mueven a manifestar a la soberana atención de V.M. un pensamiento que juzgo del mayor interés en las circunstancias presentes.

»Acabo de hacer y concluir de orden de V.M. el tratado de paz con la Inglaterra, pero esta negociación que parece he desempeñado a entera satisfacción de V. M., según se ha dignado manifestármelo de palabra y antes por escrito, me ha dejado un cierto sentimiento que no debo ocultar a V. M.

»Las colonias americanas han quedado independientes: esto es mi dolor y recelo. La Francia, como tiene poco que perder en la América, no se ha detenido en sus proyectos con la consideración que la España, su íntima aliada y poderosa en el Nuevo Mundo, que queda expuesta a golpes terribles. Desde el principio se ha equivocado en sus cálculos favoreciendo y auxiliando esta independencia, según manifesté algunas veces a aquellos ministros (...).

»Dejo aparte el dictamen de algunos políticos tanto nacionales como extranjeros, del cual no me separo, en que han dicho que el dominio español en las Américas no puede ser muy duradero, fundado en que las posesiones tan distantes de sus metrópolis jamás se han conservado largo tiempo. En el de aquellas colonias ocurren aún mayores motivos, a saber: la dificultad de socorrerles desde Europa cuando la necesidad lo exige; el gobierno temporal de virreyes y gobernadores que la mayor parte van con el mismo objeto de

lugar de proyectar desembarcos, que tan malos resultados habían dado a España desde el siglo XVI hasta ahora, se llevaron a cabo operaciones de corso contra las naves argelinas y varios ataques de bombardeo contra Argel, como los que dirigieron Barceló en 1783 y 1784 y Mazarredo en 1785.

También se firmó un tratado con el sultán de Turquía (septiembre de 1782), pese a que Gran Bretaña y Francia trataron de impedirlo, con el objetivo de evitar rivales y competidores comerciales y diplomáticos. Turquía necesitaba, por el contrario, cuantos aliados pudiera recabar, porque la Rusia de Catalina II estaba en pleno apogeo y presionaba sobre las fronteras otomanas.

(4) Sobre la autoría, véase n. 2.

enriquecerse; las injusticias que algunos hacen a aquellos infelices habitantes; la distancia de la soberanía y del tribunal supremo donde han de acudir a exponer sus quejas; los años que se pasan sin obtener resolución; las vejaciones y venganzas que mientras tanto experimentan de aquellos jefes; la dificultad de descubrir la verdad a tan larga distancia y el influjo que dichos jefes tienen no sólo en el país con motivo de su mando, sino también en España de donde son naturales. Todas estas circunstancias, si bien se mira, contribuyen a que aquellos naturales no estén contentos y que aspiren a la independencia, siempre que se les presente ocasión favorable.

»Dejando esto aparte, como he dicho, me ceñiré al punto del día, que es el recelo de que la nueva potencia formada en un país (Estado Unidos) donde no hay otra que pueda contener sus proyectos, nos ha de incomodar cuando se halle en disposición de hacerlos. Esta república federativa, ha nacido, digámoslo así, pigmea, porque la han formado y dado el ser dos potencias como España y Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerla independiente. Mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias y no pensará más que en su engrandecimiento.

»La libertad de religión, la facilidad de establecer las gentes en términos inmensos y las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno, llamarán a labradores y artesanos de todas las naciones, porque el hombre va donde piensa mejorar de fortuna y dentro de pocos años veremos con el mayor sentimiento levantado el coloso que he indicado.

»Engrandecida dicha potencia anglo-americana debemos creer que sus miras primeras se dirijan a la posesión entera de las Floridas para dominar el seno mexicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con México siempre que quisiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio, el cual no podremos defender desde Europa contra una potencia grande, formidable, establecida en aquel continente y confinante con dicho país...».